

**FLACSO
ECUADOR
ESTUDIOS DE LA COMUNICACIÓN**

**LAS POSIBILIDADES DE LOS MEDIOS DE
INCIDIR POSITIVAMENTE EN EL PROCESO DE
DEMOCRATIZACIÓN**

**MA. CAROLINA JARAMILLO
QUITO, AGOSTO DE 2010**



La invención de tecnologías de comunicación, los usos que la sociedad le da y la posterior desactualización frente a la aparición de tecnologías nuevas constituye un proceso complejo y dependiente de imperativos de orden social, económico y político. Dichos imperativos y las relaciones entre ellos dan sentido al desarrollo de los medios si el análisis no se limita ver la naturaleza técnica de los mismos. En esa dirección es que nuestro razonamiento pretenderá abordar a los medios desde la labor periodística y su importancia política en un sistema democrático más allá de la concepción formal.

De acuerdo con Patrick Champagne “La historia del periodismo podría ser en gran parte la historia de una imposible autonomía” (Champagne; 1995: 240) (2). El contexto social y económico han regido y organizado desde siempre la actividad periodística, configurando la constante lucha por la tan “amenazada autonomía”, desde este presupuesto es que los medios y su poder en la sociedad no pueden ser pasados por alto cuando el debate actual se ha centrado en la democracia y la libertad de expresión. Y es que la independencia, la objetividad, la imparcialidad, etc., parecen difusas cuando los poderes y presiones económicas se antepone a cualquier consideración intelectual. Las empresas están sometidas a las leyes de la economía, oferta y demanda, y los Diarios no son la excepción. Estos que nacieron en algunas ocasiones desde los ideales militantes parecen entrar en conflicto cuando las exigencias del mercado van modificando sus lógicas de producción de información, que ahora responden a la competencia y la imperante necesidad de producir con rapidez e impacto notas que vendan más que los otros. Ahora bien, podríamos mirar el mercado como mayor responsable de la degradación de los medios y sus contenidos, pero sigue siendo insuficiente ya que no estamos mirando que detrás de la información a la que accedemos esta,

Un grupo social delimitado que persigue fines económicos o políticos, determina que significados circulan y cuáles no, que relatos se explican y sobre qué, a que argumentos se les da importancia y qué recursos culturales se pone a su disposición y a quién. El análisis de este proceso es vital para la comprensión de las relaciones implicadas en la cultura y su relación con las amplias estructuras de dominación. (Garnham; 1997: 128) (3)

Es dentro de esta reflexión que surge el protagonismo político de la producción, venta y consumo de información, los medios en “democracia”, pasaron del control del Estado al control del capital; “es decir la democratización se llama privatización” (Cal; 2002: 221) (4). Las estrategias de dominación han calado hondo en el pensamiento de los

consumidores de productos mediáticos, se han naturalizado, desarrollándose así una complicidad que ha servido de seno de las “formas de defensa no emancipadoras” (Garnham; 1997: 137) (5). En este punto es preponderante aclarar que la democracia mencionada dista mucho de la concepción de democratización a la que queremos referirnos, que de acuerdo a Charles Tilly es:

El aumento de la amplitud e igualdad en las relaciones entre los agentes del gobierno y los miembros de la población súbdita de dicho gobierno; de la consulta vinculante a la población súbdita del gobierno respecto al personal, los recursos y las políticas del gobierno; y de la protección de esa misma población (especialmente de las minorías presentes en su seno) frente a las actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno. (Tilly; 2004: 13) (6)

Nos proponemos mirar la configuración histórica de los medios y sus posibilidades de contribuir dentro del proceso de democratización, que no pretende anular la posibilidad del conflicto, sino que más bien lo ve como parte sustancial del proceso constructor de igualdad, vinculación y seguridad ciudadana. Y es que si miramos los medios y el periodismo veremos que su capacidad pensada desde la construcción de democracia devela una amplia gama de posibilidades potencialmente beneficiosas para la participación, inclusión y reivindicación de causas que actualmente parecen no existir en el espacio público, simplemente porque no han sido transformadas en productos mediáticos. Afirmación que nos conducirá por una revisión de la situación de los medios en el sistema político actual.

Una vez reconocida y planteada la perversa relación entre capital, medios y política, es pertinente mirar a detalle cuales según nuestra reflexión son las acciones u omisiones de los medios que anulan sus posibilidades de contribuir a un proceso de democratización. Con esta premisa podemos retomar el pensamiento de Charles Tilly y ubicar a los medios como promotores de mecanismos de desigualdad, y cómplices de la dominación. Basta con examinar solo algunos de los productos mediáticos de los últimos años para encontrar que están lejos de “reflejar” la diversidad y el derecho a la participación e inclusión de toda la población. Los medios y el capital han configurado un periodismo light y en apariencia no ideológico con enorme fuerza política, han proyectado la reprochable discriminación a través de contenidos que naturalizan y estigmatizan a los dominados, por ende los callan, los segregan y los excluyen. De acuerdo con Patrick Champagne los medios audiovisuales “poseen hoy un poder

simbólico considerable; el poder de constituir problemas, es decir las palabras que configuran las cosas, en suma, el poder de imponer cierta visión del mundo” (Champagne: 1995; 238) (7). Lejos estamos de pensar que el medio es el único proveedor de información para la formación de juicios de valor en los individuos, y que su poder se instala directamente en la mente del espectador, sin embargo como parte de un sistema político, constructores y transmisores de “realidad” su influencia es importante y determinante en tanto detrás de su producción exista un aparato que articula con sus propios objetivos la producción mediática que consumen las mayorías.

El punto de inflexión que ahora nos llama al análisis radica justamente cuando la desigualdad entre categorías se hace parte de la política pública, y peor aún se naturaliza en la mente de los individuos, recordemos pues el planteamiento de Lynch respecto de la TV, “hegemónica, insoslayable y decisiva, ya que la cultura de masas lo avala, y es parte importante del género humano” (Lynch, fuente virtual) (8), es precisamente ese aval el arma política que amenaza la democracia. Por tanto no resulta sorprendente que cualquier iniciativa que busque la regulación de los contenidos en los medios en pro de la igualdad e inclusión despierte agresivas y virulentas reacciones de grupos con gran poder económico, que ven sus intereses amenazados por el propósito del gobierno por cumplir sus compromisos con los sectores más vulnerables de la población. No se puede negar que por lo menos en la últimas dos décadas las demandas de los espectadores de las minorías se han fortalecido, han interpelado a los medios en espera de inclusión y amplificación en la sociedad de sus demandas, sin embargo, la viciada relación entre el capital, los medios y el poder político ha mermado las posibilidades de las minorías en tanto actores del espacio público que presentan los medios.

Un ejemplo claro de desigualdad en los medios y su incidencia política se mira claramente cuando estamos próximos al sufragio, los medios potencializan su capacidad publicitaria y venden al mejor postor espacios con grandes audiencias, ese acceso desigual que priva a la población de conocer e informarse sobre sus opciones está totalmente en contra del proceso de democratización. No se puede ignorar que existe parte de la población que forma su opinión y posterior decisión de voto basándose únicamente en lo que los medios le muestran, hecho que refleja además de una situación vergonzosa, una posibilidad magnífica de corregir y mejorar un sistema de libre e igual

acceso a los medios por parte de los actores políticos, el cual colaboraría ampliamente con un proceso democratizador.

Otro de los ejes principales que podemos rescatar en el debate de las posibilidades de los medios en el proceso democratizador, son las redes de confianza, las cuales según Tilly son “uno de los ámbitos en los que se producen los cambios cruciales que subyacen a la democratización. Las redes de confianza son redes interpersonales con las que cuentan las personas al emprender empresas de riesgo a largo plazo...” (Tilly; 2004: 15) (9). De acuerdo con la propuesta de Tilly las redes de confianza deben estar enmarcadas en la política pública y su proliferación por fuera de esta socava la capacidad del gobierno,

Debilitando la protección del grueso de la ciudadanía e incrementando las oportunidades de que los ricos y poderosos intervengan selectivamente en la política pública en su propio nombre. Permítaseme subrayar qué es lo que no implica este argumento. No significa que cuanto más absorba y domine un gobierno la vida social dentro de su jurisdicción, más democrático resultará el régimen. (Tilly; 2004: 15) (10).

Si articulamos lo señalado por el autor con la discusión acerca de la regulación de los medios de comunicación por parte del gobierno es claro que en este caso en particular las redes de confianza por lo menos en nuestro país, han proliferado alrededor del capital y fuera del marco de la política pública, los pequeños grupos de poder hallaron en el negocio mediático, industrias de constructoras de realidad y opinión capaces de resguardar sus propios intereses por encima de los intereses de las mayorías. No es coincidencia por tanto, que ante cualquier intento de establecer leyes de regulación para los medios, estos emprendan campañas cuyo argumento medular señala que los medios de comunicación pueden autorregularse y, por tanto, para el desarrollo de sus actividades no requieren de una ley, pues de acuerdo a su opinión cualquier regulación a la actividad comunicacional constituye un atentado en contra de la “libertad de expresión”. El frente de medios que defiende propuestas como la mencionada tiene fuerza política que evidentemente les proveen mayores oportunidades, lo cual esta perjuicio del proceso democratizador. Como claramente Tilly escribe, la inscripción de las redes de confianza en la política pública NO significa que “cuanto más absorba y domine un gobierno la vida social dentro de su jurisdicción, mas democrático resultará el régimen.”(Tilly; 2004: 15) (11), no estamos concluyendo que la regulación de los

medios por parte del gobierno resultara de facto en un sistema más democrático, sin embargo consideramos que siendo un derecho el acceso a la información y los medios un servicio público debe existir una ley reguladora que no solo comprometa a los medios a ser incluyentes y no partidistas, sino que demande del gobierno también el cumplimiento de sus compromisos fuera de los intereses de los mandatarios de turno.

Es precisamente ese compromiso entre ciudadanos y agentes del gobierno lo que alimenta el proceso democratizador. Las acciones que los medios lleven a cabo en pro de la igualdad y el cumplimiento de las obligaciones de los mandantes y los mandatarios tienen la particularidad de potencializarse por la naturaleza misma de la tecnología en comunicación. Las máquinas de comunicar, la industria de la información y quienes la conforman tienen el poder del aval de las masas, por ello la delicadeza de su trabajo y las posibilidades de ser aportes para la democracia.

No podríamos pensar que en los medios esta la solución integral que de inicio a un proceso de democratización, existen innumerables instancias en la vida política de un país que deberían modificar sus lógicas de producción y distribución para que un sistema político se encamine a la democracia. Democracia vista no como un fin, sino más bien como el resultado del enfrentamiento constante entre dominantes y dominados, que reivindica las clases y busca el equilibrio del poder.

La industria mediática puede asentarse prioritariamente en consideraciones intelectuales en tanto el cambio social implique un cambio en las estructuras del poder económico. Hecho que es posible con la consolidación de la democracia, lo que implica de acuerdo a Linz y Stepan citados por Tilly que: “la democracia se convierte en algo rutinario y profundamente internalizado en la vida social, institucional e incluso psicológica, así como en los cálculos que la gente realiza para conseguir el éxito.” (Tilly; 2004: 11) (12) Los medios pueden convertirse en los grandes actores y amplificadores de las luchas por la resistencia al poder, dando voz a los que históricamente acallaron e interpelando a aquellos que los degradaron haciéndolos herramientas de dominación.

Bibliografía:

Champagne, Patrick (1995). LA DOBLE DEPENDENCIA. Algunas observaciones sobre las relaciones entre los campos político, económico y periodístico. Paris. (2)

Garnham, Nicholas (1997) ECONOMÍA POLÍTICA Y LA PRÁCTICA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES. Barcelona. (3)

Narváez, Ancízar. CULTURA POLÍTICA Y CULTURA MEDIÁTICA. Esferas públicas, intereses y códigos. (4)

Cal, Rosa (2002). LAS PRESIONES DEL PODER SOBRE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL. Vol. 7. Madrid (4)

Garnham, Nicholas (1997) ECONOMÍA POLÍTICA Y LA PRÁCTICA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES. Barcelona. (5)

Tilly, Charles (2004) CONTIENDA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN EUROPA, 1650- 2000. Cambridge. (6)

Champagne, Patrick (1995). LA DOBLE DEPENDENCIA. Algunas observaciones sobre las relaciones entre los campos político, económico y periodístico. Paris. (7)

LYNCH, Enrique, Revistateína Número 08 (Sociedad de consumo), <http://www.revistateina.com/teina/web/teina8/lit3.htm> (8)

Tilly, Charles (2004) CONTIENDA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN EUROPA, 1650- 2000. Cambridge. (9)

Tilly, Charles (2004) CONTIENDA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN EUROPA, 1650- 2000. Cambridge. (10)

Tilly, Charles (2004) CONTIENDA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN EUROPA, 1650- 2000. Cambridge. (11)

Tilly, Charles (2004) CONTIENDA POLÍTICA Y DEMOCRACIA EN EUROPA, 1650- 2000. Cambridge. (12)